

la salida, queriendo que ella fuese á felicitar á su hermano; su cólera en el *fiacre*, las injurias que aquella criatura le dirigia para humillarse en seguida y besarle la mano, excusándose. Todo esto se confundia y revoloteaba en su memoria, con las cabriolas de los *clowns*, los ecos discordes de las campanas, de los címbalos y de las sonajas, y la explosion de luces multicolores alrededor del ridiculo trovador, á quien ella habia entregado su corazon. ¡ Horror físico la sublevaba á esta idea!

— ¡ No, no, jamas!..... ¡ Preferiria morir!—Y de pronto percibió, en el espejo que tenia enfrente, un espectro con las mejillas hundidas y los hombros embebidos con un ademán de frío. Aquello se le parecia un poco, pero mucho más á aquella princesa de Anhalt, cuya compasiva curiosidad revelaba en Arvillad los tristes síntomas, y que acababa de morir á la entrada del invierno.

— ¡ Toma, toma!.....

Ella se inclinó, se aproximó, recordó la inexplicable bondad que todos le demostraban, el espanto de su madre y el enternecimiento del viejo Bouchereau á su partida, y comprendió.....

En fin, ella tenía el desenlace..... Todo se explicaba por sí solo..... Hacía mucho tiempo que lo buscaba.

XVI.

A los productos del Mediodía.

— La señorita está muy mala..... La señora no quiere ver á nadie.

Era la décima vez que, desde hacía diez dias, Oliverta recibia la misma respuesta. Inmóvil, con la mirada fija en el suelo ante aquella pesada puerta cimbrada, con aldabon, como sólo se encuentran bajo las arcadas de la Plaza Real, y que, cerrada, parecia impedirle para siempre el paso á la antigua morada de los Le Quesnoy.

— Va bien — dijo ella. — Ya no volveré más..... Ahora serán ellos los que me llamen.....

Y se retiró muy agitada con la animacion de aquel barrio de comercio, donde las carretas cargadas de fardos, de pipas y de barras de hierro se cruzaban con carros de mano, que circulaban bajo los pórticos en el fondo de los patios, en donde se clavaban cajas de embalaje. Pero la aldeana no se percibia de aquella batahola infernal, de aquella trepidacion laboriosa, que conmovia hasta el último piso de las casas más elevadas; todo ello producía en su pobre cabeza un tropel distintamente estrepitoso de pensamientos brutales y de choques terribles de su voluntad contrariada, é iba, sin sentir la fatiga, caminando á pié para economizar el gasto del ómnibus, por la larga distancia del Marais á la calle de l'Abbaye-Montmartre.

Hacia poco que, despues de una activa peregrinacion á traves de departamentos de toda clase, hoteles, cuartos amueblados, de que se les expulsaba á causa del tamboril, habian llegado á parar á una casa nueva, que ocupaba á precio reducido una turba de jóvenes ligeros, de bohemios, de agentes de negocios, de esas familias de aventureros que se ven en los puertos de mar pasando su holgazanería entre los balcones de los hoteles, esperando la llegada y la salida de los buques, acechando la oleada de que siempre esperan alguna cosa. Aquí es la fortuna lo que se espía.

El arrendamiento era muy caro para ellos, sobre todo entonces que el *Skating* estaba en quiebra, y era necesario reclamar con papel sellado el importe de las pocas representaciones de Valmajour; pero en aquella barraca recientemente pintada, con la puerta abierta á toda hora para los diferentes oficios dudosos de los vecinos, con las reyertas y el vicio, el tamboril no molestaba á nadie.

El que se descomponia era el tamborilero. Los reclamos, los carteles, el pantalon ceñido abierto por los costados, y sus bellos bigotes, habian hecho estragos entre las damas del *Skating*, ménos gazmoñas que aquella bachillera..... Él conocia, sin embargo, actores de los Batignoles, cantantes de café, toda una escogida muchedumbre, que se encontraba en un chiribitil del boulevard Rochechouart, llamado el *Paillason*.

Este Paillason, donde se pasaba el tiempo en holgazanería crapulosa, jugando á las cartas, bebiendo *bocks* y comentando los acontecimientos de los pequeños teatros, era el enemigo, el terror de Oliverta, con motivo de la cólera salvaje, bajo la cual los dos hombres doblegaban la cabeza, como bajo una tempestad de los trópicos, dispuestos á maldecir junto á su tirana de guardapiés verde, hablando de ella en tono misterioso y rencoroso, de escolares ó de criados:

— ¿Qué es lo que ha dicho?..... ¿Cuánto te ha dado?.....—

y preparándose á desfilar detras de sus talones; y Oliverta lo sabia, les vigilaba, activaba sus asuntos en la calle, impaciente por volver á su casa, sobre todo aquel dia en que habia salido por la mañana.

Detúvose un segundo al subir, y no oyendo ni el tamboril ni el flautín, dijo:

— ¡Ah! El mendigo..... está todavía en su Paillason..... Pero desde la entrada, el padre se acercó á ella, y contuvo la explosion.

— ¡Nada de gritar!... Hay quien se interesa por tí..... Un señor del *menisterio*.....

Mejean la esperaba en el salon, porque, como sucede en aquellas habitaciones de pacotilla, hechas á la mecánica, cuyos pisos todos son exactamente iguales, habia un salon pintado, grasiendo, parecido á un pastel de huevos batidos; un salon que ponía á la aldeana muy orgullosa. Y Mejean consideraba, lleno de compasion, el mobiliario provenzal perdido en aquella antesala de sacamuelas, á la luz clara de dos ventanas sin cortinas, unas cosas rotas, otras desportilladas; éstas cojas, aquéllas desvencijadas; todo, en fin, destrozado con los viajes y las mudanzas, dejando su rústico polvo sobre los dorados y pinturas á la cola.

Al contemplar el altivo y puro perfil de Oliverta, que iba en traje de domingo, expatriado él tambien, acabó de apiadarse de aquellas víctimas de Roumestan, y entabló cuidadosamente la explicacion de su visita.

El Ministro, queriendo evitar á Valmajour nuevas trabacuentas, de que él se consideraba responsable hasta cierto punto, le remitía cinco mil francos para indemnizarle de los perjuicios y regresar á su patria..... Sacó, pues, los billetes de su cartera, y los puso sobre el viejo tablero de la artesa.

— ¿Entonces tenemos que partir? — preguntó la aldeana pensativa, sin moverse.

— El señor Ministro desea que así suceda lo más pronto posible..... Se impacienta ya por saber que os hallais otra vez en vuestra casa, feliz como ántes.

El viejo Valmajour dirigió una mirada á los billetes.

— A mí me parece eso razonable..... ¿Nada se os ocurre?.....

Ella nada decia; esperaba el resultado, lo que Mejean preparaba, dando vueltas á su cartera, y dijo:

— A estos cinco mil francos agregaremos otros cinco mil que van aquí por recobrar..... por recobrar.....

La emoción le ahogaba..... Cruel comisión la que Rosalia le había encargado. ¡ Ah! muchas veces cuesta trabajo pasar por un hombre apacible y fuerte; se exige de vos mucho más que de los otros.

Él añadió en voz baja y muy breve:

— El retrato de la señorita Le Quesnoy.....

— ¡ En fin! ¡ Hémos aquí!..... ¡ El retrato..... bien lo sabia yo, pardiez!.....

Ella acentuaba cada palabra con un gesto de impaciencia.

— De esa manera, ¿ creéis que se nos ha hecho venir del otro extremo de la Francia, prometiéndonos todo á nosotros, que nada pedíamos, para que luego se nos despidiera como á perros vagabundos y asquerosos, que todo lo ensucian? Recoged vuestro dinero, señor..... Es seguro que no partiremos; podeis decirlo así, y que no se le devolverá el retrato..... Esto es un papel..... Yo lo guardo en mi bolsillo..... Jamás me abandonará, y yo lo enseñaré en París, con lo que tiene escrito encima, para que todo el mundo sepa que todos estos Roumestan no son más que una familia de mentirosos..... de mentirosos..... de mentirosos.....

Al decir esto, echaba espuma de rabia por la boca.

— La señorita Le Quesnoy está bastante mala — dijo Mejean muy grave.

— ¡ Pícaro!.....

— Va á salir de París, y probablemente no volverá..... viva.

Oliverta nada respondió; pero la muda expresión de sus ojos, la implacable negación de su frente, de molde estatuario, baja y testaruda, oculta en la pequeña cofia de puntas, indicaban bien la firmeza de su negativa.

Entonces tuvo Mejean tentación de arrojarse sobre ella, arrancarle el bolsillo de indiana sujeto á la cintura y huir con él. Pero se contuvo; intentó algunas súplicas inútiles, y luego, temblando de rabia:

— ¡ Os arrepentiréis de ello! — dijo, y salió con gran pesar del padre Valmajour.

— Ten prudencia, muchacha..... Tú nos acarrearás alguna desgracia.....

— Yo no..... Ellos son los que nos causaron disgustos..... Voy á consultar con Guilloche.

Guilloche, abogado contencioso. Detrás de esta tarjeta amarillenta, clavada sobre la puerta de enfrente de la de Oliverta, había uno de aquellos terribles agentes de negocios, cuyo material todo de instalación consiste en una enorme carpeta de cuero, conteniendo legajos de historias vetustas, papel sellado y también papel blanco para las delaciones y letras de cambio; restos de pasteles, una barba postiza, y aún algunas veces un martillo para *hacer cantar* á las lecheras, como se ha visto en un proceso reciente.

Este tipo, muy frecuente en París, no merecería que le dedicásemos una línea, si el tal Guilloche (1), un nombre que cuadraba á las mil maravillas á aquella cara, llena de costurones y arrugas simétricas, no hubiera añadido á su profesión un detalle enteramente nuevo y característico.

(1) Téngase presente que *guillocher*, en francés, significa labrar una madera á torno simétricamente.

Guilloche, mediante retribucion, tenia la empresa de encargarse de los trabajos con que se recarga en los colegios á los desapicados.

Un pobre diablo de amanuense iba á tomar nota de dichos trabajos á la salida de las aulas, y velaba mucho durante la noche para copiar los cantos de la *Eneida* ú otras cosas.

Cuando lo contencioso faltaba, Guilloche, que era bachiller, se ocupaba por sí mismo de este trabajo original, de que reportaba beneficios.

Puesto al corriente del asunto, lo declaró excelente. Se indicaria al Ministro y los periódicos hablarían. Sólo el retrato valia más que una mina de oro. Solamente necesitaba tiempo, algunas idas y venidas, y anticipos en especie sonante.

La herencia Puyfourcat le parecia una pura ilusion que destruía la rapacidad de la aldeana, puesta ya cruelmente á prueba, tanto más cuánto que Valmajour, muy solicitado en los salones el primer invierno, no ponía ya los piés en el *faubourg* Saint-Germain.

—¡Tanto peor!..... Yo trabajaré..... ¡Yo economizaré, *zou!*.....

Y la enérgica dueña de la cofia de Arles se agitaba en la casa nueva, subía y bajaba la escalera, llevando de piso en piso su historia con el Ministro; se exaltaba, chillaba, brincaba, y de repente se detenía, y con misterio decía:

—Ademas, poseo el retrato.

Con la mirada furtiva y ambigua, como la de aquellos vendedores de fotografías en los pasajes, á quienes los viejos libertinos piden las reservadas, ella enseñaba el objeto, diciendo:

—¡Es una linda jóven!..... Y ¿habeis leído lo que tiene escrito?.....

La escena pasaba en casas de contrabando, entre los gorgojos del *Skating* ó del *Paillason*, á quienes ella llamaba

ampulosamente «Madama Malvina..... Madama Heloisa.....», muy impresionada por sus trajes de terciopelo, sus camisas adornadas con puntilla de encajes, producto de su comercio, sin que por otra parte se ocupase de lo que era ese comercio.

Y el retrato de la pobre señorita, tan distinguida, tan delicada, pasaba por las manos de aquellas pervertidas curiosas y críticas. Se hacían comentarios, se leía riendo la cándida confesion, hasta el momento en que la provenzala, recuperando su tesoro, cerraba el cuello del saco de escudos con un ademan furioso:

—Yo creo que con esto ya lo tenemos.....

Y ¡*zou!* ella marchó á casa del ujier, para el asunto del *Skating*, el ujier para Cardillac, el ujier para Roumestan, y luego, como si esto no bastase á su temperamento belicoso, aún tenía historias que contar á los conserjes; la eterna cuestion del tamboril, que en esta ocasion se resolvía con el destierro de Valmajour en una de las cuevas de mercader de vinos, donde las tocatas de trompas de caza alternan con las lecciones de pugilato.

Desde entónces, pasábase el tamborilero las horas, alumbrado por un mechero de gas, á tanto por hora, mirando los zurrónes, los guantes de gamuza, las trompas de metal, colgadas de la pared, y pasando las horas de ejercicio, pálido y solo como un cautivo, enviando por las rejas, colocadas al nivel del pavimento de la calle, las variaciones de su flautin, semejantes á las estridentes y quejumbrosas notas de un torno de hierro.

Un dia Oliverta fué invitada á pasar á casa del comisario de policia del barrio. Ella acudió al momento, persuadida de que se trataba del primo Puyfourcat. Entró sonriendo, con la cabeza erguida, y salió, al cabo de un cuarto de hora, trastornada por el terror que le produjo el gendarme al intimarle, desde las primeras palabras, la entrega del retrato, y

firmar un recibo de diez mil francos, por el cual ella renunciaba á todo proceso. Pero ella se oponía obstinadamente á partir; se empeñaba en creer en el talento de su hermano, guardando siempre en el fondo de sus ojos el deslumbramiento de aquel largo desfile de carrozas, una tarde de invierno en el patio del Ministerio iluminado.

Al entrar nuevamente en su casa significó á sus hombres, más medrosos que ella misma, que no tenían que hablar más del asunto; pero nada dijo del dinero que habia recibido. Guilloche, que lo sospechaba, empleó todos los medios para coger su parte, y no habiendo conseguido más que una cosa insignificante, guardó un rencor terrible contra los Valmajour.

— ¡Y bien!—dijo una mañana á Oliverta, mientras ésta cepillaba sobre la mesa los lindos trajes del músico, que aún estaba acostado.—Y bien, ¿estais contenta?.... Al fin ha muerto.

— ¿Quién?

— Pues.... Puyfourcat, el primo.... Así lo dice un periódico....

Ella dió un grito, corrió por la casa llamando, casi llorando:

— ¡Padre mio!..... ¡Hermano mio!..... ¡Pronto.... la herencia!

Conmovidos todos, jadeantes, al rededor del infernal Guilloche, éste desplegó el diario oficial, y les leyó muy lentamente lo que sigue: «*Con fecha del 1.º de Octubre de 1876, el tribunal de primera instancia de Mostaganem, en vista de la informacion de la Administracion de Propiedades, ha dispuesto la publicacion y edictos de las sucesiones siguientes: Popelino (Louis), periodista....*» Este no es.... «*Puyfourcat (Dosithée....)*»

— Ése sí es....—dijo Oliverta.

El anciano creyó deberse enjugar los ojos: «*¡Pecaire!..... ¡Pobre Dosithée!.....*»

«*Puyfourcat, muerto en Mostaganem el 14 de Enero de 1874, nacido en Valmajour, distrito de Aps....*»

La aldeana, impaciente, preguntó:

— ¿Cuánto?

— ¡Tres francos treinta y cinco céntimos!..... gritó Guilloche, con una voz de camelote; y dejándoles el periódico, para que ellos pudieran cerciorarse de su decepcion, salió corriendo, dando una carcajada, que se esparció de piso en piso hasta la calle y divirtió á toda aquella gran poblacion de Montmartre, donde circulaba la historia de los Valmajour.

¡Tres francos treinta y cinco céntimos la herencia Puyfourcat!!!

Oliverta afectó reir más fuerte que los otros; pero el horrible deseo de venganza que alimentaba en su pecho contra los Roumestan, responsables á sus ojos de todos sus males, no hizo más que aumentarse, buscando una salida, un medio, la primera arma que estuviese á su alcance.

La fisonomía del papá era singular en medio de aquel desastre. Mientras que su hija se consumía de fatiga y de rabia, que el cautivo enfermaba en su cueva, él, florido, indiferente, no teniendo ya ni aún su antiguo orgullo de profesion, parecia haberse proporcionado por fuera una tranquila existencia, haciendo abstraccion de los suyos. El tomaba el tole con el ultimo bocado del desayuno, y algunas veces, por la mañana, cepillando sus ropas, caía de sus bolsillos algun higo seco, una nuez, un orejon, almendras, etc., cuya procedencia explicaba el viejo como mejor podia.

Él habia encontrado, segun decia, una paisana en la calle, alguna de la provincia, que habia venido á verle, ó cosas por el estilo.

Oliverta movía la cabeza: «¡Picaro, si yo te siguiera!...» decía para sí.

La verdad es que callejeando á través de París, él había descubierto, en el barrio de San Dionisio, un gran almacén de comestibles, adonde había entrado, aguijoneado por el rótulo y las tentaciones de un escaparate exótico, de frutos colorados, en papeles plateados y estampados, resplandecientes en la neblina de una calle populosa.

El lugar de donde había llegado á ser el comensal y el amigo, bien conocido de los meridionales convertidos en parisienses, se titulaba :

Á los productos del Mediodía.

Y jamas hubo rótulo más verdadero. Allí todos eran productos del Mediodía: desde los dueños, el señor y la señora Méfre, dos productos del Mediodía, gruesos, con la nariz remangada á lo Roumestan, los ojos encendidos, el acento, la locución, la acogida expresiva de la Provenza, hasta los dependientes de la tienda, familiares, tuteadores, sin incomodarse por gritar junto al mostrador, tartajeando: «Di, Méfre, ¿en dónde has puesto el salchichon?» hasta los pequeños Méfre, despeinados y sucios, amenazados á cada instante de ser maltratados, desollados, escaldados, mojándolo todo, lo mismo que sus dedos, en todos los barriles abiertos; hasta los compradores, gesticulando, charlando las horas enteras para la adquisicion de un objeto de diez céntimos, ó colocándose en círculo sobre las sillas, discutiendo las cualidades del salchichon con ajo y el salchichon con pimienta. «¿No lo da V. ménos?» «Vamos, lo mismo da, etc.» Todo el vocabulario, en fin, de la tia Portal, cambiado estrepitosamente, miéntras que un «querido hermano», con traje negro reteñido, amigo de la casa, compraba pescado salado, y que las moscas, en gran número, atraídas por la miel de aquellas

frutas, de aquellos bombones, de aquellos pasteles casi orientales, zumban aún en el rigor del invierno conservadas en aquel calor. Y cuando un parisiense extraviado se impacientaba de la cachaza en el servicio, de la indiferencia de aquellos tenderos, continuando su conversacion desde un banco á otro, siempre pesando y atando, unas veces bien y otras al revés, era de ver cómo le despedían con acento áspero: «Idos si estais de prisa; la puerta está abierta, y el tranvía pasa por delante; ya lo sabeis.»

En aquel centro de patriotas el padre Valmajour fué recibido con los brazos abiertos: Monsieur y madama Méfre recordaban haberlo visto en otro tiempo en la feria de Beaucaire, en un concurso de tamboriles.

De esta feria, hoy caída, sólo existe el nombre; ha quedado como un lazo de fraternidad masónica entre aquellas viejas gentes del Mediodía. En nuestras provincias meridionales era el acontecimiento, el encanto del año, la distraccion de todas aquellas existencias maduras. Preparábase con mucho tiempo de anticipacion, y sus recuerdos se prolongaban aún más. Prometiase como recompensa á la mujer, á los hijos, el ir á ella; y si no se les podía llevar, se les traía un regalo, como, por ejemplo, una mantilla española, un dije, un juguete.

La feria de Beaucaire representaba también, bajo el punto de vista comercial, quince dias ó un mes de vida holgada, exuberante, imprevista; la de un campamento bohemio. Acostábanse por aquí, por allí, en casa de cualquier vecino; en los almacenes, sobre el mostrador, en la calle, bajo los toldos de las carretas, á la tibia luz de las estrellas de Julio. ¡Oh! los negocios sin el fastidio de las tiendas, tratados durante la comida, en la puerta, en mangas de camisa, en las barracas alineadas á lo largo del *Pré*, en la orilla del Ródano, en cuyas aguas mismas flotaba en continuo movimiento

otra feria, balanceándose en barcos de todas formas, como laúdes de velas latinas llegados de Arlés, de Marsella, de Barcelona, de las islas Baleares, cargados de vinos, anchoas, corcho, naranjas, y adornados con oriflomas, banderolas, que crujían, azotadas por el viento fresco, reflejándose en la rápida corriente.

Y aquellos clamores, aquella muchedumbre revuelta de españoles, de sardos, de griegos con largas túnicas y babuchas bordadas, de armenios con sus gorras de pieles, de turcos con sus chaquetas galoneadas y sus anchos pantalones de tela gris, agrupándose en los restaurants, al aire libre, en los mostradores de juguetes de niños, bastones, sombrillas, pastillas del Serrallo, gorras de hombre.....

Y ahora imaginémonos lo que se llamaba « El Hermoso Domingo », es decir, el primer domingo de la instalación, en el que todo era francachelas en los muelles, en los barcos, en los célebres hoteles, en la *Vignasse*, en el *Gran Jardín*, en el *Café Thebaud*.

Los que han visto aquello una vez no han podido menos de conservar su recuerdo hasta el último día de su vida.

En casa de los Méfre se estaba cómodamente; cualquiera creería hallarse en plena feria de Beaucaire, y, en efecto, la tienda se parecía mucho, en su pintoresco desorden, á un *capharnaüm* (1), improvisado y extraño, de productos del Mediodía. Aquí sacos de menuda harina, unos repletos y á medio llenar los otros; los garbanzos gordos y duros como balas; las castañas blancuzcas, arrugadas y polvorizadas, asemejándose á las pequeñas caras de las viejas rodrigonas; pipas de aceitunas verdes y negras, confites, latas de aceite fresco con el mal sabor que les es propio; barriles de dulce de Apt, hecho con cáscaras de melon, toronjas, higos, membrillos, todo el

(1) Lugar de desorden.

despojo, en fin, de un mercado, preparado con melaza, como el proverbial arropo de España.

En otra parte, en los estantes, entre las salazones, las conservas en mil clases de tarros y en otras tantas cajas de lata; las golosinas especiales de cada localidad, como las tortas y los barquillos de Nimes, los almendrados de Montelimart y los bizcochos de Aix, envoltorios dorados con etiquetas y rotulados. Luégo, las primicias de un verjel meridional, sin sombra, donde los frutos, colocados entre hojas verdes escar-chadas, ofrecen, como las facetas de la pedrería, sus colores á la luz; las duras azufaifas, de un hermoso brillo de anacardo nuevo, al lado de las pálidas acerolas; higos de todas las variedades, limones dulces, pimientos verdes y encarnados, melones, grandes cebollas con sus pulpas en flor, uvas moscateles de carne trasparente y movediza, cual tiembla el vino dentro de una odre; bananas con vetas negras y amarillas, pilas de naranjas y de granadas. Por todas partes, en fin, en las paredes, en los techos, en ambos lados de la puerta, circuidas de palmas secas, colgaban ristras de ajos y de cebollas, algarrobas, sartas de salchicha, mazorcas de maíz, gran porcion de pulpas doradas de vivos colores; en una palabra, todo lo que produce el estío, el sol meridional, en cajas, en sacos, en cubas, en pipas que enviaban sus destellos hasta la acera de la calle, á través de los cristales. El viejo iba hácia dentro con la nariz encendida, inquieto, muy sobrecitado. Él, que en casa de sus hijos refunfuñaba al menor trabajo, y sólo por poner un boton á su chaleco se enjugaba la frente horas enteras, vanagloriándose de haber hecho « un trabajo de César », se hallaba siempre dispuesto en casa de Méfre á hacer algo, á ponerse en mangas de camisa para clavar ó desclavar las cajas, amenizando el trabajo con sus chistes y sus cuentos, y áun una vez en la semana, el día de la *brandade* (1), velaba

(1) *Brandade*, plato provenzal de bacalao.

hasta muy tarde en el almacén para ayudar á hacer las mesas.

El plato meridional entre todos, la *brandade*, no se encontraba fácilmente sino en los productos del Mediodía, y sobre todo, la verdadera, la blanca, la picada fina, cremosa y con el sabor de ajo, tal como se fabrica en Nîmes, de donde los Méfre la hacían venir. La *brandade* llega los juéves á las siete de la tarde por el tren *express*, y se distribuye el viérnes por la mañana en París á todos los buenos parroquianos inscritos en el gran libro de la casa.

En aquel libro de comercio, con las páginas manoseadas, oliendo á especias y manchado de grasa, está escrita la historia de la conquista de París por los meridionales, donde se colocan por órden las altas fortunas, las situaciones políticas, industriales, nombres célebres de abogados, diputados, ministros, Presidente de la Cámara, y entre todos el de Numa Roumestan, el vendeano del Mediodía, sosten del trono y el altar. Por sólo esa línea en que figura el nombre de Roumestan, dejarían los Méfre que arrojasen al fuego todo lo restante del libro. Él es el que mejor representa sus ideas en religión, en política, en todo, en fin. Como dice la señora Méfre, más apasionada aún que su marido: «Por ese hombre no tubearia en condenarme.» Y hay un placer en recordar el tiempo en que Numa, colocado ya en el camino de la gloria, no se desdeñaba de hacer por sí mismo sus provisiones, y que sabía muy bien escoger una buena sandía al tacto, y escoger un salchichon muy fresco.

Luégo, tanta bondad, aquella hermosa figura imponente, teniendo siempre en sus labios un cumplido para la señora, una buena palabra al que llamaba «querido hermano», haciendo una caricia á los pequeños Méfre, que le acompañaban hasta el carruaje llevando los paquetes.

Desde su elevación al Ministerio; desde que aquellos mal-

vados de rojos le daban tanto que hacer en las dos Cámaras, no se le veía ya: ¡Ingrato! pero permanecía siendo el constante abonado de los *productos*, y él era siempre el primero á quien se servía.

Un juéves por la noche, á las diez próximamente, despues de dejar completamente arreglados, puestos en órden y adornados los tarros, latas, cajas y demas que contenian los productos del Mediodía, la familia Méfre, los dependientes y el viejo Valmajour, jadeantes de cansancio y mojados de sudor, descansaban de su tarea, con aquel aire de personas que han llenado bien una ruda faena, y se refocilaban con lenguas de gato, bizcochos en vino caliente, jarabe de horchata; en una palabra, «algo de dulce», porque los meridionales no gustan de lo fuerte.

En la ciudad como en el campo, la embriaguez de alcohol es casi desconocida. La raza le tiene horror instintivamente. La embriaguez la siente desde el nacimiento: embriaguez sin beber; y es bien cierto que el viento y el sol destilan en ella el terrible alcohol de la Naturaleza, cuyos efectos experimentan más ó ménos todos los que allí han nacido. Los unos tienen solamente aquel pequeño gracejo que desata la lengua y los gestos; hace ver la vida de color de rosa y las simpatías por todas partes; alegra los ojos, ensancha las calles, allana los obstáculos, redobla la audacia y abate á los tímidos. Otros, más impresionables, como la pequeña Valmajour, la tía Portal, llegan en seguida al delirio tartamudo, tembloroso y ciego.

Es nesesarío haber visto nuestras fiestas votivas de Provenza; aquellos aldeanos de pié sobre las mesas, aullando, pateando con sus fuertes zapatos amarillos, llamando: «¡Mozo, gaseosas!» Toda una poblacion embriagada, y rodando por el suelo con sólo algunas botellas de limonada.

Y aquellas súbitas postraciones de los embriagados; aque-

llos abatimientos de todo el sér, sucediendo á la cólera, al entusiasmo, con la rapidez con que se sucede un rayo de luz ó de sombra sobre un puro cielo del mes de Marzo, ¿quién es el meridional que no las ha experimentado?

Sin tener el carácter delirante que imprimiera el Mediodía á su hija, el padre Valmajour habia nacido con un soberbio saborcillo á su país, y aquella noche su racion de horchata le trasportaba con una loca alegría que le hacía gesticular en medio de la tienda, con el vaso en la mano, la boca ahuecada, pagando el escote con sus chistes de viejo marrullero, en vez de pagarlo con monedas.

Los Méfres y sus dependientes se deshacían de risa tirados sobre los sacos de harina. « ¡ Oh, qué Valmajour, nadie como él!..... » De repente se eclipsó el buen humor del anciano con la aparicion ante él de una cofia provenzal temblando.

— ¿ Qué haceis ahí, padre mio ?

La señora Méfre levantó los brazos hácia las salchichas que pendían del techo :

— ¡ Cómo ! ¿ Es ésta vuestra hija?..... No nos lo habiais dicho..... ¡ Oh, y qué pequeñita es ! pero muy guapa. Sentaos, pues, señorita.

Tanto por el hábito de mentir, como por tener más libertad, el anciano no habia hablado de sus hijos, vendiéndose por un viejo soltero que vivía de sus rentas; pero entre gentes del Mediodía no es fácil engañar con una invencion.

Toda una caterva de pequeños Valmajour, que hubiera seguido á Oliverta, habria tenido la misma acogida, expresiva y calorosa. Todos se esmeraban en ofrecerle un sitio.

— ¿ Nos acompañaréis tambien en nuestro regocijo? — le dijo la señora Méfre.

La provenzala permanecía coartada. Ella venía de fuera con frio, estando la noche oscura, una noche de Diciembre, en que el movimiento febril de Paris continuaba, á pesar de

la hora, aumentando en la espesa niebla, interrumpida en diversas direcciones por las rápidas sombras, y las luces de colores de las linternas de los ómnibus y el ronco sonido de las trompetas de los tranvías. En una palabra, Oliverta llegaba del Norte, del invierno, y de pronto, sin transicion, se entraba en plena Provenza, en aquel almacén Méfre, resplandeciente con la aproximacion de la Navidad, con golosinas ricas en colores en medio de acentos y perfumes conocidos. Aquella era la patria encontrada repentinamente, la vuelta al país, despues de un año de destierro, de pruebas, de remotas luchas entre los bárbaros. El tibio aire que respiraba llenaba su sér y excitaba sus nervios á medida que desmenuzaba su tostada en un dedo de vino de Cartagena, respondiendo á toda aquella gente, franca y familiar con ella, como si la hubieran conocido desde veinte años ántes.

Sentíase vuelta de nuevo á su vida, á sus hábitos, en términos que asomaban las lágrimas á sus ojos, aquellos ojos duros, surcados de fibras sanguíneas, que jamas lloraban.

El nombre de Roumestan, pronunciado á su oído, secó de pronto aquella emocion. Fué que la señora Méfre repasaba las direcciones de aquellas remesas que habia preparadas, y recomendaba mucho á los dependientes el no equivocarse, que no llevaran la *brandade* de Numa á la calle de Grenelle y sí á la de Lóndres.

— Parece — observó uno — que en la calle de Grenelle la *brandade* no está en olor de *santidad*.

— Así lo creo — dijo M. Méfre. — Una dama del Norte, del corazón del Norte..... Cocina de las que despiden ese olor peculiar de manteca..... ¡ vamos !..... Mientras que la calle de Lóndres es el lindo Mediodía, con canciones, alegría y todo, hecho con aceite..... Yo comprendo que Numa se encuentre allí mejor, muy cómodo y muy próximo á la estacion, en don-

de podía descansar de las tareas de la Cámara, libre de visitas y de las recepciones....

Bien seguro es que la señora Méfre hubiera puesto el grito en el cielo si semejante cosa hubiera pasado en su casa: solamente porque se trataba de Numa, era esto simpático y natural. Gustábale echar una cana al aire; pero por ventura, ¿no habían hecho lo mismo todos nuestros reyes, así como Carlos X y Enrique IV, el verde galán? ¡Pardiez!

Y á aquella ligereza, á aquel tono de frivolidad con que el Mediodía trata todos los asuntos amorosos, se mezclaba un ódio de raza y antipatía contra la mujer del Norte, la extranjera y la de la cocina con olor á manteca.

Se excitaban, se detallaban anécdotas, los encantos de la pequeña Alicia, y sus triunfos en la Gran Opera.

—Yo he conocido á la mamá Bachellery en tiempo de la feria de Beaucaire, decía el viejo Valmajour.... Ella cantaba la romanza en el *Café Thibaut*.

Oliverta escuchaba sin respirar, sin perder palabra, reteniendo en su memoria el nombre y dirección, y sus pequeños ojos brillaban con una diabólica embriaguez, en que el vino de Cartagena no entraba para nada.

XVII.

La Canastilla.

Á un ligero golpe dado en la puerta de su habitación se estremeció la señora de Roumestan, como si hubiera sido cogida en un desliz; y cerrando el cajón, delicadamente hecho, de su cómoda Luis XV, ante la cual se hallaba arrodillada, preguntó:

—¿Quién está ahí?... ¿Qué queréis Polly?

—Una carta para la señora.... Es muy urgente— respondió la inglesa.

Rosalía tomó la carta y cerró la puerta precipitadamente.

Letra desconocida, tosca, en papel ordinario, y con el «en persona y urgente...» Peticiones de socorros. Jamás la hubiera molestado por tan poca cosa una doncella parisiense. Arrojó el papel sobre la cómoda, aplazando su lectura para después, y volvió inmediatamente á su gaveta, que contenía las maravillas de la antigua canastilla.

Desde hacía ocho años, desde el drama, no la había abierto temiendo despertar de nuevo sus temores, ni aún desde su embarazo, por una superstición maternal, por temor de acarrear desgracias nuevamente con aquella caricia anticipada hecha al nuevo hijo que ha de nacer, por medio de su pequeño ajuar. Esta valerosa mujer tenía todas las excitaciones nerviosas de la mujer, todos sus estremecimientos, las con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBAN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO